Largo viaje de Juan

Y bien. Era hacia aquí que viajaban Juan C. Onetti y su literatura.

Hacia este suntuoso acabosis general, hacia esta radiante decrepitud sobre la cual actúa una progresiva e irrefrenable parálisis. Estamos ante el espectáculo de la desintegración que opera en la realidad, —naturaleza, obras humanas, hombres— desatada todos los lazos imaginables, parte, fragmenta, corroe, pudre, y nada deja viviente. Puede asegurarse que no es una novedad en la narrativa onettiana, que esta desolación del mero vivir sin fe ya desanimaba por Tierra de nadie (1942). Pero es esta obra, como en la inicial El pozo (1939) y en la siguiente Para esta noche (1943) y aún en los cuentos de esta época recogidos más tarde en Un sueño realizado y otros cuentos (1951), una tensión amarga de la vivencia humana, una asperezza rebelde, del decir narrativo, una implícita denuncia de la atonía del mundo ciudadano al que siempre pertenció, incendiaban esta desfibrada cosmovisión proyectándola con ácida fiereza. Onetti se debatía; Onetti estaba viviente.

Le es más fácil expresarse, plegar, ordenar los sucesos, comparar los datos de la realidad que quiere sirvan y una explicación de sí mismos, más exactamente de la expresión de su visión propia del mundo en el grado que ha alcanzado.

Desde La vida breve viene explorando las posibilidades de un pueblo ciudad, Santa María, con sus especiales subyacentes de los novelistas para competir con el Registro Civil y si es posible con Dios mismo. Utilizando la libertad que esta invención literaria le permite, acerca a sus criaturas, el indigno Larsen que le sirve de protagonista es un compuesto de otras personajes conocidos y temidos en sus características comunes: los nombres de Aráuzaza, Brauzza, la presencia de Díaz Grey, en El astillero, no hacen sino rubricar ese proceso de derivación y sintesis por el cual compone su criatura. De este modo alcanzan, por otra parte, un notable vida propia, de su personalidad original, un valor representativo: lo humano, tal como lo concibe Onetti, encuentra en Larsen su expresión paradójica, máxime cuando se revela no obrese ninguna contraríguna, sino grados distintos de una locura común. Y aún verticiente simbólico de la novela se podría afirmar que para Onetti, Larsen es "el hombre".

Si tanto el ambiente como los personajes han adquirido una condición bíblica, también no es de sorprender la intensa homogeneidad del conjunto, la paralela, pero a veces, casi idéntica pertitud que rigen este mundo, creación íntegra, representativa, del autor. No es de extrañar también que en el campo libre Onetti se expresa con un rigor más acabado.

★ *El tema de la descomposición*

El astillero puede considerarse la segunda parte o continuación de una novela anterior, no sé si Onetti llegó a escribir enteramente, pero de la que sólo he publicado fragmentos. Creo que se llamaba María Bonita y en ella se cuenta la primera aventura de Larsen en el pueblo de Santa María donde instala un prostíbulo y donde se enfrenta a las tras del padre Bergner. El pastor decide destruir ese centro de perdición, inicia una verdadera campaña a la que consigue que se pidieguen las llamadas fuerzas vivas, aquí la gente decente de la colonia agrícola, coacciona a las autoridades civiles y consigue que ellas cierren el prostíbulo y expulsen a Larsen. El astillero comienza con esta frase: "Hacíanos años, cuando el Gobernador decidió expulsar a Larsen (o Juntacadáveres) de la provincia, alguien profetizó, en broma e improvisando, su retorno. la prolongación del reinado de éste dice página discutida y apasionante — aunque ya casi olvidada— de nuestra historia ciudadana. De todos modos, cinco años después de la clausura de aquella anécdota, Larsen bajó una mañana en la parada de omnibuses que llegan de Buenos, puso un momento la valija en el suelo para estirar hacia los nudillos los puños de la camisa, y empezó a entrar en Santa María, poco después de terminar la lluvia, tenso y balanceándose, tal vez más gordo, más bajo, confundible y domado en apariencia". Sin que nunca se estudie claramente lo ocurrido, Larsen se reintegra al mundo en que había transcurrido, y va a jugar —este sceptico, este incredulo, este astuto vividor— una última carta de creencia y esperanza. Con ella le ofrenda a ya que siempre se ha burlado en ella es destruido.

★ *El juego se hace serio*

A unos pocos minutos de Santa María, cruzando el río, un "poblacho verdaderamente inmundo" habita el astillero de Jeremías Petrus, empresa hundida en la construcción que se desmorona, es corrompe y apenas es sostenida en el último grado de su pudrimiento la voluntad monomaníaca de su dueño que se niega a admitir la realidad y se aferra a ilusiones interesada — de su futura resurrección. "Casi cualquier cosa era preferible al lento de chapas agujereadas, a los esteriores polvorientos y cojos, a las monturas de carpetas y bibliotecas alzadas contra las paredes, a los yuyos punzantes que crecían enredados en los hierros del ventanal desgarrado, a la exasperante histérica comedia de trabajo, de empresa, de prosperidad que decorban los muebles (destrozados por el uso y la polilla, aprendidos a aferrar en calidad de leñas), los documentos, sucios de lluvia, y piscinas, menchitas en el piso de cemento, los rollos de planos blanquiazules reunidos en piramide o desplegados y rotos en las paqueder". Así con las oficinas, y así son también los depósitos de herramientas y materiales donde "todo se pudre. todo cría raíces y hay que tirarlo y venderlo". Es único que parece escapar de la casa propia de Petrus, construida sobre altísimos pilares como para preservarse de cualquier contaminación del río barroso, aun las más imprevisibles, el sólido, vino una sirvienta y la hija de Petrus, Angélica Inés, "único objeto de adoración". Dos personajes más, Gálvez, Gerente Administrativo de una empresa que no existe y que no paga a sus tres únicos altos funcionarios a pesar de que todos los meses se preparan con rigor burocrático las planillas de sueldos, quien vive con una mujer embarazada en una miserable cantina llena de perros entre los cuales duermen, y Kunz, Gerente Técnico en las mismas condiciones de su compañero. Larsen será aquel el Gerente General, con sueldo de cinco mil pesos mensuales que tampoco cobrará, director de una empresa incomprensible que no funciona, vive, en cuarto los cinco. La miseria material y material que aún no se ha corrompido por el orín.

A Samuel Beckett le bastaba con tado encontrar este ambiente y sus personajes, la evocación de la attendant Godot no puede relacionarse tranite la lectura, a pesar de que es decisiveente Onetti no lleg por ser mino, sino por la extrenacáis de en líneas más porzonal que tiene en su origenra a Louis Ferdinand Céline y William Faulkner. Onetti ha conguido justificar la existencia de estas novelas resultaba distorsionado de todo inversionili: la absoluta falta de acción, la rupture del ambar Gálvez de la novela, sustituida por un juego de complicaciones — en dicisa grados de la parálisis — de tre siquilamente general en que sitúa la vida.

Cuando Larsen va a consultar a Díaz Grey — alter ego manifiesto del autor— *este puede experimentar* una repentina alegría, sentirse "feliz y aceido porque la vida de la hombre continuaba siendo abierta a initif de algunas manera u otra continuaba también novilada sentimental, gradualmente, para confirmar su absurda inutilidad". A esta actitude Díaz Gray varias veces los pensadores, sin todo los ejercitantes de las filosofía de la angustia, pero sólo ellos ha ron de encontrar una respuesta pel ra, humanamente — comprensible — absurdo, al caso, a la destrucción, considerando que en la formulacíón de una respuesta, de antemano figurada y aún enlopuesta, residía la de la salvación posible. Es la respuesta la que intenta lugar Onetti en su novela para mostrar, como dice Díaz Grey, la absoluta inutilidad. Es más recalcar que si algo vale es como su contribución más al absurdo generalizado.

El único sentido de la vida es de trunción y muerte, nada sentido que ella, la vida, nunca trató de salir de contra al cual estipulamos la chas de hombres desde el principio con palabras y ansiedades. Y la prueba de la imposeeia de los hombres aceptar su destino está en que la nia increíble de todas las posibilidades, la de nuestra propia muerte, es por es cosa de realizar: un suceso en tal: to menos, cumplido". Dentro de estas novelas de su segunda período Onetti trabajó sobre tal noción utilizando algunos recursos privilegiados que lo sabían, y que, como él mismo se lo enseñaron a comprender, aunque la agitación de los demás, su hostil dad creadora. Es decir, juégo en el juego que se le ofrecía, pero con ojos fijado, descontando su sinceridad, pero la pudo jugar porque creyó que los demás seguían con sinceridad y fe en juego. Ahora —el tiempo pasa y gasta— después que se ha hecho, se ha hecho en soledad; pero si ella otro, me acompañan, el juego se hacía, se transforma en la real. Entonces así —ya, que la jugaba porque ésta — se acepta la locura".

Ese juego es la vida misma, la

Carlos Onetti

Por Angel Rama

ero, que los fuimos funcionar a todos que dijo, desde no se saba dónde, a más bien, desde dónde se sospecha y a la realidad entera. Nos pasamos de ante si primer avío cierto de que el juego se había hecho independiente de él, de Petrus, de todos los que habían estado jugando seguros de que lo hacían por gusto y de que bastaba decir que no para que el juego cesa". Descubre, por una breve iluminación lúcida, que la única manera de salir de ese tablero, es la muerte. "Para de los que habían sido acogidos literalmente como un empleo, no había más que el invierno, la vejez, el no saber dónde iba, la misma angustia de la muerte".

El estilista cuenta el esfuerzo de Larsen para jugar con esperanza, pero la baraja es preparada por Onetti con exasperada crueldad: más cruel, porque la revuelve lenta, tierna, apaciblemente, mirando de tal modo que él impone desde el comienzo. Está tan tendida la trampa desde la iniciación que la pintura de la convivencia en las primeras páginas ya anuncia Onetti la destrucción de Larsen. En varias novelas de Onetti una figura femenina, muy joven, una carga de amor potencial, una esperanza del puro, tendora, rompían la homogeneidad desmoralizante del cuadro y pulsaban el arbor rebelado. Aquí también aparece la virgen cuya presencia y significación se relaciona a Celina —y antes que él a los grandes inventores de niñas — para Onetti. En varias Angélica Inés, es una idiota de risas nerviosas, una anormal. Por primera vez esa criatura — aunque previamente relajada — es poseída y dominada. Es decir, sólo posteriormente se lo que proporciona, y tenía que ser así. "De la hija impoluta alegraba su victoria, no podía alegrarse de cada como victoria. Se sentía empobrecido, lanzado de jaciancia, lacrado".

★ *Una novela simbólica*

Onetti ha clasurado esa esperanza —el cuadro debe ser homogéneo— para no sin advertir que el sabrto que, sólo es en su desenlace, que permite leer su novela bajo las especies simbólicas. Hay muchas pistas puestas como distraidamente por el autor, que, recompuestas, permiten entender la historia de Larsen como la historia del hombre enfrentado a su juego, hombre que vidón delirante del mundo, en que Onetti ingresa, tímidamente, a una aproximación a la ficción.

El estilleo llega "a convertirse en un mundo complejo, inintimente aislado e independiente", dicen la dicción pluy y el extermnio están sostenidos, un enfrentamiento de la nada, que la "locura inferciosa" de Petrus cuyo mazo cruza, cuya grata cabeza, cuyos ojos alcicadas, parecen evocar el místico, o más precisamente, el sacdoma de santos, al profeta que lucha incansablemente para reconstruir el mundo, para salvar. Un profeta astuto, grotesco, interesnda, casi como una figura de Ghelderode, que se ríega a reconocer la realidad de que no se pagan los sueldos, de que los manieles se malvenden cuando los se corrompen, de que su hija es anormal, que afirma que hay que trabajar para "poder dar a la gente lo que necesita, periódicamente, sin que ellos le pidan, la seguridad de que sus necesidades están fielmente cumplidas". Y que, a pesar de este abuerdo, consigue con unas frases que, aun siendo que ellas "corroberaban la existencia de Dios, de la buena suerte y de la justicia vengada para infelicis".

Es en el engaño de Petrus que rae Larsen, "tuvo la dicha de sentir progreso de la fe, rebelándose fiblemente contra la sensacíla de amparo que agrupaban las espaldas encogidas del Fiel". La seducción de la sirvienta Josefina y luego de Angélica Inés, no buscan eso, la seducción, sino que son ocasiones para una ambición más alta, la única que mueve a Larsen desde el comienzo de la novela: entrar en el cielo, tomar posesión de la casa, integrar su tradición familiar, ser el duelo. "Y, en vez de eso, tenía que quedarse vacía de sus ambiciosidades, prometido: como las puertas de una ciudad en la que desaba entrar, definitivamente, para usar el tiempo restante en el ejercicio de venganza sin trascendencia, de sensualidades sin vigor, de un dominio narcisista y desatento". La novela se construye sabrepticiamente en torno de esta ambición, y Onetti mueve a su personaje por los mismos ambientes fáticos que rodean la casa, haciéndolo seguir un orden previsiblemente coro de figuras que se entrecian: Santa María, El estillero, La gloriata, La casilla. Cuando Petrus ya ha sido, si no vendido, porque no es posible, encerrado, Larsen encuentra abierta la puerta de la casa, es invitado por primera vez a entrar en ella. Se ha cumplido su deseo. Trabajado, vendeno, trata hasta el centro mismo de una habitación cálida, limpia y ordenada, de una escena que él presidiría, con orgullo y naturalidad". Pero, como podía ocurrir en El castillo, no es en esa habitación donde entra, sino en el cuarto de una sirvienta vulgar, Josefina, a embarazarse con ella y a acostarse con ella, a descubrir que "cualquier cosa que hiciera se alteraría la sensación de fraternidad, el vínculo profundo y sepera", que experimenta allí. Larsen se reencuentra entonces, en ese momento de la verdad, con su vida anterior, que la pretía que no pudo al es última instancia quiere subir al cielo, a la habitación cálida encerada, que él está hecho para el oscuro tugurio de la sirvienta.

El juego ha concluído y fuera de él, ya vimos, nada queda. Larsen pudo ser definido ahora como: "El, alguno hecho un monón en el tope de la noche helada, tratando de no ser, de convertir su soledad en asesinato, y ahora puede ser golpeado por unos extraños hancheros, hundido en el río Negro, acarreado como por la laguna Ketigia, abandonado un un puerto, muerto de una culmonía una semana después. Ya había aceptado antes "la convicción de estar muerto", y todo es perfecto fin: el de un remiendo para los cien días de gloria y humillación, un multiseo de sangre que Onetti ha usado para una demostración.

★ *Una demostración trampeada*

La conclusión es rigurosa y desolada. Es también tramposa, lo que permite invalidar la acusación del largo viaje de Onetti. A imagen suya, "Es como si hubiera sido, en cierta calidad humana", y lo metió en la trampa y lo destruyó y sobre todo no permitió que nada quedara de su esfuerzo cumplido, por absurdo, por engañoso, por desesperado que haya sido. En cambio El, Onetti, hace el mismo recorrido, pero de su esfuerzo, que cree vano, deja un testimonio positivo: la novela, la creación del arte. Y edenia eres en este esfuerzo. No

★ Angel Rama es profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay. Es autor de "Los poetas modernistas en el Uruguay", "Rubén Darío y el modernismo", "Ensayo de otra nueva generación", "Los gauchos literarios del Río de la Plata", "Los poetas de la Generación del 45", "Los poetas de la Generación del 45", que van a aparecer en breve, "Los poetas de la Generación del 45", que van a aparecer en breve, "Los poetas de la Generación del 45", que van a aparecer en breve,